

La Morada de Dios

JM CUENCA

Dedicatoria

A la traductora más lenta del universo editorial...

Índice

Capítulo 1 Carpe Diem [Aprovecha el momento]

Capítulo 2 Poena Deus [Castigo de Dios]

Capítulo 3 Resurrexit tertia die [Resucitó al tercer día]

Capítulo 4 Ad radicem maximi montis Pirenei [Hacia la raíz grandiosa del monte Pirineo]

Capítulo 5 Codex Peccatum [El libro de los pecados]

Capítulo 6 Solum peccatur transactum [Sólo el pecador pasará]

Capítulo 7 Ars est celare artem [El arte es ocultar el arte]

Capítulo 8 Abyssus abyssum vocat in voce [Un abismo convoca a otro abismo]

Capítulo 9 Viri infelicis procul amici [Los amigos están lejos del hombre desgraciado]

Capítulo 10 Ne avertas oculos a fulgure huius sideris si non vis obrui procellis [No quites la mirada del brillo de esta estrella si no quieres ser aniquilado por la tempestad]

Capítulo 11 Sine die [Sin día]

Capítulo 12 Sine amicitia, vita esse nullam [La vida es nada sin amigos]

Capítulo 13 Deum et animam scire cupio; nihil aliud [Quiero conocer a Dios y al alma; nada más]



CAPÍTULO UNO

Carpe Diem

Aprovecha el momento

¡Era la noche perfecta!, pensé. Tendría que haber estado compartiendo aquellos momentos con la que iba a convertirse en mi esposa pero una increíble revelación me había arrastrado hasta París con la única intención de suicidarme.

De entre todas las opciones posibles para acabar con mi vida, había escogido la más poética: lanzarme al Sena y ahogarme en sus aguas heladas. El puente del Arzobispado que, a lo largo de la historia, ha atesorado una estrecha relación con la muerte, parecía la mejor elección. Recuerdo que mi protector durante muchos años, un monje de nombre Calatrava, lo llamaba “el puente de las almas perdidas” y, siempre que surgía la ocasión, hacía gala de una desmesurada imaginación, o al menos eso creía yo, con el relato de espeluznantes historias de aquellos que lo cruzaron por última vez. Me habló tanto de él que me empecé en saber algo más sobre aquella fantástica construcción.

En un tratado de arte sobre un cuadro impresionista del pintor Armand Guillaumin, encontré una breve reseña histórica donde se relataba que aquel puente formaba parte del complejo de edificios del Arzobispado de París, construido en el año 1831 junto al río Sena. Pero aquella reseña me desveló unos datos aún más interesantes. Según el texto, la desembocadura del puente del Arzobispado coincidía con la

entrada del depósito de cadáveres del París de aquella época. Un macabro refugio que acogía a los fallecidos en la cárcel o en la vía pública. Los que habían muerto ahogados, sin importar la causa, también descansaban en aquel emplazamiento.

Me daba cuenta de que, como en otras situaciones de mi vida, el lugar para suicidarme no lo había elegido yo y de que, una vez más, debía aceptar la voluntad de un ser superior que, conforme a un extraño plan maestro, me había conducido a París aquella noche fría y lluviosa del mes de diciembre. Hacía frío, mucho frío, el panel informativo de la rue Dante señalaba menos de cero grados y temblé al pensar que la temperatura del río, que ahí abajo me aguardaba, sería aún más heladora. Por un instante estuve tentado de abandonar mi propósito. Pero se aproximaba el esperado y también temido momento y poco me quedaba ya por hacer o decir.

Antes de continuar mi relato quiero dejar claro que, a pesar de lo increíble que pueda parecer, mi historia es una crónica exacta y detallada de lo ocurrido después de mi “muerte”. He contado los hechos tal y como ocurrieron, sin alterar ninguna de las experiencias vividas, más allá de mi propia conciencia vital. Creo haber estado “muerto” pero no puedo aseverarlo, de igual forma que la fe no puede corroborar la existencia de un Ser Supremo ya que la ciencia empírica —considerada como el dios único y verdadero del hombre del siglo XXI— no ha encontrado pruebas que la avalen.

La noche mostraba, a cada minuto que transcurría, su rostro más desapacible e ingrato. El viento zigzagueaba endiabladamente por las callejuelas, haciendo llegar a mis oídos los gritos perdidos en el tiempo, a modo de última advertencia, de aquellos que, con anterioridad, ocuparon mi privilegiada posición. El río Sena, con su fuerte caudal, bramaba todo tipo de improperios, harto ya de convertirse en la morada de los que no encuentran su sitio en la sociedad. Estériles e intrascendentes mensajes de aviso para alguien como yo, que sabía, desde el mismo día de su nacimiento, la fecha y la hora de su último viaje.

Los síntomas de que mi tiempo llegaba a su fin se volvían más y más palpables. Sentí que mi pulso se aceleraba anormalmente y que la

temperatura de mi cuerpo subía por momentos. La sensación de ahogo, acompañada de un exceso de sudor, provocó la merma progresiva de mi capacidad de razonamiento. No quería perder la conciencia de lo que estaba pasando, ni siquiera en el último instante, con la esperanza de poder enfrentarme, cara a cara, con lo que me esperaba al otro lado. Empecé a aflojar la presión que mis dedos agarrotados hacían sobre la baranda del puente. Mis brazos comenzaron a despegarse del único punto de anclaje... De pronto, escuché unos gritos lejanos:

—Monsieur, est-ce que je peux vous aider?

Una cortina de agua (la lluvia, copiosa y persistente, me acompañaba desde mi llegada) no me permitía ver más allá de tres metros. Una silueta, trazos confusos de lo que parecía ser una persona, se acercaba, con mucha cautela, al lugar donde yo me encontraba. Hablaba nerviosamente en un idioma que me resultó imposible entender. Era francés. Al escuchar aquel tono musical, acudieron a mi memoria los recuerdos de mis años vividos en la abadía de Santa María de Viaceli, en Cantabria. Mi rechazo a aquel ambiente, extremadamente religioso, se manifestó en una rebeldía en los estudios, especialmente en el aprendizaje del idioma galo.

Cómo lamenté en aquel momento mi empecinamiento y mi negativa constante a ser instruido en la lengua que manejaban aquellos oradores del silencio divino en sus quehaceres diarios y que era el idioma máter del gran Víctor Hugo. No lograba comprender qué intentaba decirme aquel individuo que, lentamente, salía de las sombras. Su vestimenta me hizo sospechar que podía tratarse de un policía, gabardina y sombrero a lo Humphrey Bogart, que pretendía detenerme antes de consumir mi salto al río. No lo pensé ni un momento y le conminé a que se detuviese en las cuatro lenguas que conozco: castellano, inglés, latín y griego. El individuo se paró en seco. Estoy seguro de que no entendió el significado exacto de mis gritos pero sí el mensaje casi amenazante que intentaba transmitirle. Permaneció unos momentos observándome y sin pronunciar palabra. De pronto, volvió a articular una frase, esta vez acompañada de algunos gestos con las manos.

—Le suicide n'est pas la réponse.

Esta vez sí alcancé a interpretar el significado de sus palabras. Aquel

desconocido se había tomado unos segundos para llegar a la conclusión de que yo era un suicida más, uno de tantos que se habían acercado al puente del Arzobispado, a lo largo de los casi doscientos años transcurridos desde su inauguración, con la intención de acabar con su vida. ¿Habría visto en mi mirada aquel brillo característico de los que están a punto de cometer tal aberración?, o quizá, ¿pensó que estaba completamente loco y que la muerte sería la mejor cura para mi demencia? Aquella parecía ser la imagen que iba a legar a los pocos que todavía me apreciaban y no era, ni de lejos, la auténtica.

La tensión entre mi nuevo acompañante y yo crecía por momentos. La lluvia entorpecía aún más la situación y la intensidad de la cortina de agua aumentaba paralelamente a mi ritmo cardíaco. Pero yo no estaba dispuesto a que se acercara más. No me fiaba de sus intenciones. Fue entonces cuando observé cómo aquel sujeto entrometido introducía su mano derecha en el bolsillo de la gabardina y sacaba una pequeña tarjeta azul. Con un gesto brusco, le pedí que me la lanzase para así averiguar su identidad y descubrir, por fin, sus auténticas intenciones. Lo que allí aparecía impreso, con una letra fina y elegante, destrozó todas mis hipótesis: Monsieur Paul Celan. Correspondant. Le Figaro. Paris.

¡El visitante sorpresa era un periodista! Aquel contador de historias había aparecido en el momento adecuado, no sé si por casualidad, para ayudarme a solucionar un pequeño olvido que había tenido y que ahora lamentaba con consternación. Con las prisas del vuelo, el embrujo de las calles y las plazas parisinas y la emoción al ver las turbias aguas del Sena, que iban a convertirse en mi futura y definitiva morada, había olvidado dejar una nota de despedida. Apenas unas líneas que explicaran cuáles eran mis intenciones y que dijeran adiós, de manera definitiva, a aquellos que me sugirieron, en más de una ocasión, el suicidio como único y eficaz remedio de los avatares que me acosaron a lo largo de mi vida. Pero, ¿cómo explicar a mi inesperado transcriptor las razones que me habían arrastrado al borde de la auto aniquilación? La escritura, con mi puño y letra, me parecía la opción menos adecuada en aquella situación ya que mis manos entumecidas centraban sus esfuerzos en el empeño de no caer antes de la hora fijada. Mi voz, aunque débil por el agotamiento y el progresivo deterioro físico, parecía el mejor recurso.

Mediante señas, indiqué al corresponsal que recogiera mis últimas palabras con el micrófono o la grabadora que, a buen seguro, llevaba consigo. Con un gesto de asentimiento, empezó a rebuscar entre su ropa y, tras unos minutos de espera, mostró, por fin, uno de esos aparatos miniaturizados de uso común en el gremio de la información. Pulsó todos los botones, le dio varios golpes y terminó por desistir. Por su mueca de contrariedad deduje que aquella grabadora no funcionaba porque la batería estaba completamente descargada. La mala suerte de aquel tipo con los últimos prodigios de la tecnología volvió a quedar patente de nuevo, esta vez con una cámara digital. Esbocé una sonrisa, la primera en mucho tiempo, al ver a monsieur Paul Celan arrojar el aparato al suelo y pisotearlo con furia, como un niño rabioso y enfadado al que le acaban de quitar su juguete favorito.

Este tipo de avatares sólo ocurren en la vida de un informador. Bien lo sabía yo. Aquel infortunio tecnológico trajo a mi memoria la etapa en la que conocí a la que estaba destinada a convertirse en mi mujer. Yo trabajaba como redactor jefe en un periódico local que tuvo la necesidad de incorporar a dos nuevos becarios. Uno de ellos, fumador empedernido y borracho consumado, demostró tener cualidades para el oficio periodístico. Lo situé al frente de una columna de información judicial y cumplió su cometido con envidiable precisión inglesa. La otra adquisición, una periodista pamplonica llamada Edurne, actuaba como una auténtica equilibrista de circo. Era una excelente profesional, según me percaté al poco de su llegada y antes de poner mis ojos en ella como mujer, pero en organización representaba un completo desastre. El despiste en persona. Allá donde fuera, siempre olvidaba recargar la batería de la cámara digital. Nunca consiguió grabar una rueda de prensa ya que, de manera inevitable, abandonaba en su chaqueta el famoso aparatito registrador de voces. Conseguir que en su página se publicase una foto que no fuese de archivo, era una misión imposible. Ahora me pregunto, con algo de sorna, si Edurne y Monsieur Paul coincidieron en las aulas de Ciencias de la Información en la Universidad de Navarra. Es muy probable.

A punto de doblérgase a su mala suerte y de perder la posiblemente mejor exclusiva de su carrera periodística, monsieur Paul me mostró el último aparato electrónico que portaba consigo: un teléfono móvil de

última generación con una pequeña cámara digital. Tras varios intentos fallidos con diversos artilugios tecnológicos, sólo me podía ofrecer una simple fotografía. A pesar de mi disgusto, acepté gustoso que inmortalizase el momento. Para facilitarle la redacción de aquella noticia, de la cual yo era protagonista absoluto, le lancé una tarjeta de visita con mis datos personales. Al agacharse para recogerla, me percaté de que de su cuello pendía una cruz sujeta a una cadena de oro. Creí entrever que la cruz estaba en posición invertida. Al verla, sentí un escalofrío momentáneo pero intenté convencerme a mí mismo de que aquella visión era sólo un efecto visual, consecuencia del intenso cansancio que soportaba desde hacía más de una hora. Mis ojos contemplaron aquel símbolo del cristianismo con cierta devoción y con la candidez de un niño. Mi mirada no pasó desapercibida para Paul que, desconcertado, quiso zanjar sus sospechas con un leve movimiento del entrecejo. Con voz firme, yo respondí sin vacilar.

—Oui, je suis chrétien.

Era la única frase que conocía en francés: “Sí, soy cristiano”. Esta afirmación acabó con nuestra breve pero intensa relación ocasional. La contundencia de mis palabras le desarmó por completo y reaccionó de inmediato con un brusco giro de cabeza. Me dio la espalda y comenzó a alejarse. Antes de desaparecer por completo, levantó la vista y me dirigió una última mirada. Sabía que lo haría, tenía ese presentimiento. Creí distinguir unos ojos rabiosos y de color rojo intenso. Unos ojos feroces que, en ese momento me di cuenta, sin duda habían intentado arrebatarle mi alma cristiana. Hasta aquel instante no me percaté de que, en ningún momento, pude distinguir rasgo alguno de su cara y de que jamás podría identificar a la última persona que me acompañó antes de saltar. Aquel desconocido se alejó por fin y yo me quedé de nuevo en un silencio lleno de sospechas.

La soledad, amiga inseparable del suicida, volvía a ser mi mejor compañera. Los últimos acontecimientos habían rebajado considerablemente las pocas fuerzas que aún conservaba. La lucha por mantenerme agarrado al puente, a la espera de escuchar las doce campanadas de la catedral de Notre Dame señalando la entrada en el día 25 de diciembre, se había convertido ya en un auténtico vía crucis. Sólo me

quedaba esperar y pensar, pensar y esperar. Aquel encuentro, inesperado y desconcertante, había despertado en mi interior algunos remordimientos que creía escondidos. Sentimientos ocultos que me llevaban a reflexionar sobre mis primeros años de juventud, plagados de inquietudes espirituales. Desde edad muy temprana me sentí y actué como un perpetuo novicio, siempre deseoso de formar parte de la congregación religiosa que me acogió desde pequeño. Sólo los buenos consejos de Guillermo, abad de la orden cisterciense de la Abadía de Santa María de Viaceli y mi más firme tutor, consiguieron disuadirme de mi propósito y mostrarme otros posibles caminos, más allá de la vocación religiosa.

Guillermo formaba parte de un grupo de monjes que, procedente de Francia, se había establecido en el pueblo cántabro de Cóbrecas a principios del siglo XX. La abadía se regía por la Regla de San Benito y entre sus principios, primaba la acogida y la hospitalidad al prójimo. Yo fui uno de sus acogidos y, desde mi nacimiento, el monasterio se convirtió en mi hogar y los monjes en mi única familia. El silencio y la soledad, que se filtraban entre las piedras de la abadía, me ayudaron a descifrar, una a una, las claves de un destino turbio al que me creía abocado por orden y mandato de Aquél que adoraban mis ángeles custodios terrenales. Unos ángeles con hábitos marrones que, en ocasiones, me parecían centinelas en medio de unos muros infranqueables convertidos a mis ojos en hileras insalvables de alambres de espino. En esos periodos de crisis, el ambiente acogedor y de sosiego se tornaba en una atmósfera asfixiante que atenazaba mis sentidos. Más de una vez estuve tentado de escapar de aquella prisión pero las charlas con el abad Guillermo ejercían sobre mí un sorprendente efecto disuasorio y conseguían retenerme en ese lugar.

Rememorar alguna de las conversaciones noctámbulas con Guillermo en su capilla privada, antes de la llamada a maitines, me obligaba, de nuevo, a replantearme las intenciones suicidas que me habían arrastrado a París aquél 24 de diciembre. Las discusiones teológicas con mi tutor, auténticas partidas de ajedrez con argumentos reincidentes y predecibles movidos siempre de forma distinta, terminaban invariablemente en tablas. Alguna frase inquisitiva por mi parte marcaba siempre el comienzo de la batalla.

—Guillermo, Dios es piadoso con todos sus hijos, ¿no es cierto?

—Efectivamente, la misericordia del Señor no tiene límites.

—Y si una persona se arrepiente de sus pecados antes de morir, ¿irá directamente al cielo?

—Si el arrepentimiento es sincero, por supuesto.

—Pero... y si olvida confesar algún pecado importante... Supongamos que ha faltado al séptimo mandamiento, no robarás, y en los instantes que preceden a su muerte olvida confesarlo. ¿Qué ocurriría entonces?

—Bueno, si el olvido es inconsciente, estoy seguro de que el Señor sabrá entenderlo.

—Pero el olvido también puede ser intencionado. Supongamos que robó a un rico para ayudar a los pobres y que decide, como yo haría, no confesarlo ya que el mal que precede a la falta es compensado con el bien derivado de la acción. En ese caso, ¿crees que las puertas del cielo seguirían abiertas para él?

—Lo que creo es que no debí enseñarte a jugar al ajedrez. Tus movimientos tácticos, ya sea encima del tablero de juego como en otras disciplinas de la vida, se vuelven, cada vez, más enmarañados y sutiles.

—¿Temes contestar? ¿O es que acaso un abad cisterciense no dispone de los recursos teológicos suficientes para responder a la dicotomía que te planteo?

—Déjame pensar, pequeño diablo —esbozó una leve sonrisa y declaró con severidad— en calidad de siervo aventajado, por el poder que me ha conferido nuestro Señor, dictamino que el pecador ha muerto en estado de gracia y que, en pago de su culpa no confesada, permanecerá en el purgatorio, privado de la visión de Dios el tiempo que corresponda a la lectura de cien mil avemarías. ¿Contento con el veredicto?

—Me decepcionas profundamente. Observo que tu interpretación de las Sagradas Escrituras se inclina siempre a favor de los que pecan. Pero si nos remitimos al texto sagrado, descubrimos ejemplos flagrantes como el del propio Judas Iscariote que saqueaba la bolsa común de los apóstoles (J n. 1 2,6). En éste y en otros casos similares, Dios se muestra sumamente irritado y castiga tanto al infractor como a sus descendientes.

—Es cierto que el daño no puede lavarse completamente en el confesionario. Hay que mostrar un sincero arrepentimiento, manifestar el propósito de no volver a cometer un acto similar y restituir el bien robado. Sin embargo, en el caso del moribundo que me planteabas, sólo es importante la primera de las condiciones, es decir, el propósito de enmienda.

—Esta noche me vas a poner muy difícil encaminar al infierno el alma de alguna oveja descarriada.

—Te empeñas, noche tras noche, en hacer de abogado del diablo en un lugar santo. Intentas acceder al infierno a través de una puerta sellada por la fe de los que

aquí moran. Y, además, utilizas, como llave de ese terrible lugar, unos excéntricos axiomas que, dudo, convenzan al cancerbero de Dios. Deberíamos resolver en tablas la disputa de esta noche.

—Me parece bien pero antes respóndeme a un último axioma. Si un día decido suicidarme lanzándome a un profundo río y, antes de caer al agua, me arrepiento profundamente de lo que acabo de hacer y prometo no volver a intentarlo, ¿Dios me perdonará y me acogerá en su Reino?

—Veamos si te he entendido. Decides suicidarte por voluntad propia, pecado que la Iglesia considera como una violación del quinto mandamiento (no matarás) y, antes de perder la consciencia, te arrepientes y solicitas el perdón de Dios.

—Sí, es eso más o menos.

—¿El suicidio es producto de alguna enfermedad mental?, o, ¿es consecuencia de alguna situación crítica en tu vida?

—¿Importa?

—Según la Iglesia, sí. El acto de suicidarse, de forma directa y libre, se opone frontalmente al derecho que Dios tiene sobre nuestras vidas. El hombre cree que es propietario exclusivo de su vida, aunque en realidad su función se limita a ser un buen administrador del alma.

—Correcto, pero no me podrás negar que incluso siendo un simple administrador resulta posible aplicar atenuantes.

—La posibilidad existe, aunque sólo Dios sabe en el último momento el destino final de nuestras almas.

En esa ocasión estuve a punto de confesar a Guillermo que el futuro me iba a ofrecer la oportunidad de comprobar si lo que habíamos hablado aquella noche se ajustaba a la verdad. La esquila comenzó a oírse en toda la abadía abogando, con su repicar, las últimas palabras de aquella intensa velada entre el maestro y su pupilo. Guillermo se dirigió a cumplir con el primer rezo antes del amanecer y yo me quedé solo, convencido de que jamás olvidaría aquellas enseñanzas ni a la persona de quien emanaban. De entre todos los frailes de la abadía, Guillermo adoptó desde el principio el papel más paternal, velando constantemente por mi educación y convirtiéndose en uno de los pilares de mi vida. Mi tutor mostraba siempre el porte misterioso característico de uno de esos monjes que habitan entre las páginas de una novela histórica. Su altura no superaba el metro y medio aunque la compensaba sobradamente con una enorme barriga que exhibía con orgullo, a la par que repetía:

—Lo que no tengo de alto, lo tengo muy bien distribuido a lo ancho.

Guillermo acompañaba siempre esas palabras con una caricia rápida a su coronilla, grande y redonda, sin asomo de pelo. De niño llegué a pensar que el tamaño de su cabeza se debía al gran número de libros leídos y, por lo tanto, a la ingente cantidad de ideas y conceptos que se alojaban en aquella mente despierta. Y es que a lo largo de los años, mi tutor mostró una pasión desmedida por la lectura. En innumerables ocasiones, me demostró con hechos su amor por los libros. En la abadía se rumoreaba que su fondo bibliotecario superaba con creces al del propio Papa, aunque nunca nadie pudo demostrarlo.

Empezaba a sentirme tremendamente agotado. Mi corazón latía a un ritmo desenfrenado que parecía imparable. El sudor y los temblores desembocaron en una sensación de ahogo y de inestabilidad general... Sufrí un pequeño desvanecimiento. Ese instante de infinitud temporal me permitió experimentar en mis propias carnes el primer contacto con el temido “Más Allá”. Durante el trance creí escuchar una voz femenina que me susurraba *Carpe Diem* (aprovecha el día). Una expresión en latín que había leído en incontables ocasiones en los textos clásicos que inundaban la abadía. Dos palabras cortas y contundentes que encerraban una invitación manifiesta para disfrutar del presente, o en mi caso, para disfrutar de los escasos minutos que me quedaban de vida, sin preocupación por el futuro.

Unos instantes más y todo habría acabado. El torrente del río se mostraba indomable y ávido de su presa. A cada golpe de corriente alzaba unos brazos imaginarios con la pretensión de someterme y de atraparme para siempre. Pero todavía no había llegado la hora y la noche me deparaba una última y curiosa experiencia.

La lluvia firmó una eventual tregua que detuvo el incesante bombardeo sobre la posición estratégica donde me hallaba. Los nubarrones iniciaron una lenta retirada, permitiendo que unos rayos de luz bañaran los tejados de la vieja ciudad de París. En el horizonte pude observar el contorno fantasmal de la catedral de Notre Dame. El río, contagiado de aquel armisticio de los elementos, comenzó a mostrarse sereno y sosegado, invitándome una vez más a acogerme entre sus brazos.

Una voz a mis espaldas rompió bruscamente el deleite de ese momento de paz.

–¿Monsieur, est-ce que je vous interrompe?

Me giré y me topé con un individuo excepcional aupado en una calesa, un vehículo chocante y realmente inadecuado para el diluvio acaecido momentos antes. Su vestimenta extravagante y sus pintas estafalarias contribuyeron a hacer la situación aún más inaudita. Confundido por las circunstancias y por unas palabras que seguía sin entender, decidí contestar en mi propio idioma.

–Lo siento mucho, señor, no entiendo el francés.

–¡Oh, la la! ¡Qué estupenda sorpresa encontrar a un ciudadano de España paseando por nuestra bellísima ciudad de París en esta maravillosa noche!

–Habla usted muy bien el castellano.

–Oui, monsieur. En el año 1976 estuve ingresado unos meses en el Hospital de Navarra, lo que me permitió disponer del tiempo suficiente para aprender su idioma. Pero, por favor, no perdamos el tiempo con palabras insustanciales. Contésteme mejor a esta pregunta: ¿Cómo ha conseguido plaza en este palco?

–¿Palco? ¿Se refiere usted al puente desde el que me encuentro a punto de suicidarme?

–¿Puente?, ¿plataforma?, ¿pasarela?... esas acepciones son vulgares y rebajan el sentido de lo que hoy nos ha reunido aquí. Se lo ruego, dejémonos de divagar. ¿A qué club pertenece usted?

Aquel individuo histriónico no dejaba de desconcertarme. Las preguntas que formulaba no parecían coherentes. Hablaba de palcos, clubes y no sé cuántas cosas más. No me sentía preparado ni con el suficiente ánimo para afrontar la conversación cuando, de pronto, recordé algo importante y miré a aquel ser extremadamente curioso con otros ojos. Entonces, le reconocí.

La mitología de muchos pueblos recoge la aparición de espíritus, fantasmas o seres sobrenaturales en los momentos previos a la muerte. Según las creencias populares, estos visitantes inesperados tienen la misión de ayudar al moribundo a alcanzar la otra orilla aunque también pueden actuar con intenciones más malvadas. Presentes en innumerables leyendas y tradiciones, a estos personajes fascinantes se les atribuyen nombres muy distintos. Así, los gallegos hablan de la Santa

Compañía; los asturianos, de la Güestia y los navarros, del Ermitaño.

Aquél que yo veía ahora frente a mí no podía ser otro que Ankou, personaje de la mitología bretona que, armado con una guadaña y montado en un carro, se manifestaba ante los agonizantes para arrancarles su alma. Recuerdo perfectamente haber visto un grabado donde se le representaba como un esqueleto vestido de negro y ataviado con un sombrero de copa.

El aspecto del hombre que me hablaba no distaba mucho de aquella descripción. Alto y enjuto, vestía completamente enlutado y lucía un espléndido y solemne sombrero de copa. No había duda, era él. Pero, ¿cómo debía comportarme ante aquella leyenda que me visitaba para asistirme en mis instantes finales? Una nueva pregunta rompió el hilo de mis reflexiones.

—Pardon, monsieur. No disponemos de toda la noche. ¿Puede indicarme a qué club pertenece usted o tendré que adivinarlo?

—Sé muy bien a qué ha venido y no veo la necesidad de continuar esta farsa.

—¿Farsa? No alcanzo a entender el significado de sus palabras.

—Detén la función, Ankou, o como quiera que te llames, y revélame el motivo de tu visita.

—Creo que me confunde con otra persona. Permítame que me presente. Soy monsieur Boucher, propietario de un pequeño negocio de charcutería en la rue Saucisse y presidente del club de suicidas de la capital francesa.

—¿Cómo dice? ¿Presidente de un club de suicidas?

—Certainement, presidente por méritos propios. En mi historial personal atesoro más de nueve suicidios fallidos. Mi antecesora, mademoiselle Accrochée, falleció la semana pasada en la Bibliotheque Nationale. Era su vigésimo intento de ahorcarse y, hasta la fecha, siempre había sido auxiliada. Pero el pasado cinco de septiembre, mientras su cuerpo pendía en la sala de lectura, se declaró un terrible incendio en el ala oeste del edificio. Todos los visitantes fueron desalojados mientras el personal se concentraba en salvar el mayor número de obras. Fue una muerte digna y rodeada de sus mejores amigos, los libros. Creo recordar que siempre hablaba de ellos como si fuesen hijos suyos.

—Perdone, monsieur Boucher. Acláreme una cosa. ¿Me está usted diciendo que ha venido a este puente a suicidarse para seguir sumando méritos dentro de un club de suicidas?

—Correct, mon ami. Esa es justamente mi intención. Yo me he especializado en suicidios por ahogamiento, siempre utilizando como plataforma algún puente de renombre, y usted se halla ubicado justamente en el que había seleccionado para esta ocasión.

—Siga, siga. No se detenga, su charla me intriga cada vez más.

—Ya le dije al comienzo de nuestra conversación que aprendí su idioma en una visita a Pamplona, en julio del año 1976. Lo que no le he mencionado es que, aprovechando mi visita para conocer las fiestas de San Fermín, me lancé al cauce del río Arga desde el puente de Puente la Reina. Lo elegí por ser una majestuosa construcción románica, inspirada en la grácil figura y la hermosa esbeltez de una reina y por encontrarse muy cerca de las iglesias de Santiago y el Crucifijo. ¡Hay que pensar en todo!... ya me entiende.

—Sí, le entiendo perfectamente. Y ahora...

—Ahora usted interfiere en mis planes para esta noche. No me considere desconsiderado y descortés si le reclamo que desista de sus intenciones y me ceda su lugar.

—Por supuesto que no.

—Estoy seguro de que no cometerá tal desaire con un colega francés, teniendo en cuenta que estamos en mi país. Yo no lo haría si la situación fuese justamente la inversa.

—Permítame unos segundos para reflexionar. Merci.

La situación era realmente cómica. Yo había realizado un largo viaje, seleccionado con minucioso detalle un lugar concreto, aguantado las inclemencias del tiempo y, en el momento justo de consumir el acto final, se presentaba un señor exigiendo sus derechos a un suicida foráneo.

A mi “petit ami” no le interesaba en absoluto el trasfondo de mi acto ni mostraba preocupación alguna por conocer las razones de mi deseado suicidio. Daba por seguro que yo pertenecía a alguno de los clubes de suicidas de España y que mi presencia allí suponía una desconsideración hacia un compañero federado.

A lo largo de mi vida he conocido clubes de lo más pintorescos. Recuerdo algunos como El club de los olvidados, en Alemania, formado por personas que habían olvidado relacionarse con los demás y mantenían una existencia apartada como auténticos ermitaños. O El club de las alturas, en Italia, cuyos miembros nunca vivían a menos de tres mil metros de altura. Uno de los más curiosos era El club de los sedientos, en Rusia, basado en la máxima de restringir la bebida de todo líquido a excepción del vodka. Como es de suponer, la mayoría de sus miembros fallecía por cirrosis. Pero, a pesar de mis conocimientos sobre estas asociaciones insólitas, nunca había tenido el honor de topar con un club de suicidas.

Monsieur Boucher esperaba una respuesta. Por mi parte, era consciente de que había gastado gran parte de mis fuerzas y de que la situación de espera debía llegar a su fin. La hora de saltar era inminente. Así que decidí ganar tiempo.

—Monsieur Boucher, he decidido cederle mi puesto y retrasar mi suicidio para otra ocasión.

—Estupenda noticia, estupenda noticia.

—No podía hacer menos por un colega francés.

—Estaba seguro de que usted era un caballero, un monsieur authentique.

—¿Puedo solicitarle un último favor? Dígame, ¿qué hora es exactamente?

—Hora... En París tenemos exactamente las once y cincuenta y nueve y cincuenta y cinco segundos.

Había llegado el momento. El oráculo había anunciado el instante de mi muerte el mismo día de mi nacimiento. Según la predicción, mi fallecimiento tendría lugar el 25 de diciembre, en mi trigésimo tercer cumpleaños, a las doce horas de la noche. La fecha venía impuesta pero siempre pensé que el lugar y el modo quedaban a mi elección.

Era el momento de soltar amarras. Giré la cabeza y fijé la mirada en la silueta de la catedral de Notre Dame. Aflojé la presión que amarraba mis dedos a la baranda del puente y me dejé caer con lentitud. Mientras descendía, pude escuchar la voz del señor Boucher que gritaba —¡Me ha traicionado, monsieur! ¡Éste era mi puente y mi suicidio! ¡No crea que

intentaré salvarle...! ¡Jamás, antes me ahogaría yo mismo!”.

Sufrió un terrible shock cuando entré en contacto con las aguas gélidas del Sena. Los cinco sentidos me abandonaron por completo, dejando mi cuerpo a su suerte. La mente, todavía lúcida, me permitió ser consciente de lo que iba a ocurrir en los segundos más importantes de mi vida. Recuperé parcialmente la visión. Observé como las nubes transitaban sobre mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Giré la cabeza hacia la izquierda y me encontré con la fachada oeste, de estilo románico normando, de la inconfundible catedral de Notre Dame. A la derecha tropecé con la imagen difusa del Hotel de Ville, el lugar donde quedarían para siempre mis escasas pertenencias personales. Dirigí nuevamente la vista hacia el cielo de París. Lo que hasta ese momento había sido una noche desapacible, iba a convertirse en un placentero amanecer. ¿Comenzaba a despuntar el nuevo día o era mi imaginación?

En los segundos finales me tentó, por primera vez, la idea de salvarme y de nadar con fuerza hacia la orilla. Mis recuperadas ganas de vivir eran lo único que me quedaba y me agarré con todas mis fuerzas al mundo que ya abandonaba. Una última ojeada, pensé, y, girando nuevamente la cabeza a la derecha, me despedí definitivamente del museo del Louvre y de los Campos Eliseos.

Los últimos metros para el penitente. Los tambores de Calanda redoblaban por mi alma. El hijo regresaba con el padre.

Silencio, un silencio perenne... ¿Estaba muerto?